

La esencia del psicoanálisis

Adriana Díaz de Márquez¹

Resumen

La autora presenta aquello que a su juicio constituye lo que distingue al psicoanálisis de otras terapias. Considera la existencia de un núcleo resistente en todo síntoma ligado a la pulsión. Aclara la diferencia entre goce y placer. Muestra el objetivo de un análisis y las condiciones que debe tener el paciente para este específico tratamiento.

Palabras destacadas: goce, placer, pulsión, síntoma, acto, ética.

Summary

The author presents what she believes differences Psychoanalysis and other therapies. She contemplates the existence of a resistance nucleus in every symptom linked to the pulsion. She clarifies the difference between satisfaction and pleasure. She describes the objective of the psychoanalytic treatment and the conditions that patient must have to undergo this specific therapy.

¿Cómo sostener el psicoanálisis en su especificidad frente a la demanda masiva de eficacia que caracteriza al nuevo siglo? He aquí una pregunta compleja que nos interpela a todos los psicoanalistas. En una época en que las patologías no parecen ser las mismas que aquellas que llevaron a Freud a teorizar sobre el Inconsciente, se hace necesario reivindicar la perspectiva

¹ Psicoanalista. Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

psicoanalítica en aras de un mayor aprovechamiento de sus recursos y de una mejor comprensión de sus límites.

Hoy que vivimos inmersos en la prisa, las adicciones invaden los consultorios, enfermedades marcadas por la expectativa de encontrar un elemento externo que pueda cambiar lo interno. En un mundo donde el tiempo se ha convertido en artículo de lujo, pensar en un Inconsciente atemporal no resulta atractivo, aunque no por eso menos cierto. Para agravar aún más el panorama clínico la crisis económica ha hecho proliferar otros tipos de respuesta para aliviar la angustia: nuevas creencias religiosas, técnicas para el control del estrés e innumerables formas de pensamiento mágico. La urgencia por obtener soluciones rápidas desafía al psicoanalista en su ética.

Mucho se ha hablado sobre la ética del psicoanálisis. Si consideramos que los principios que la definen se relacionan siempre con el contexto social, lo histórico resulta una dimensión ineludible para referirnos al acto analítico. Toda reflexión ética es subsidiaria de la historicidad de la experiencia humana.

Para Freud la articulación del individuo con la Sociedad resulta de la elaboración edípica y de la estructuración del Superyo con la consiguiente renuncia a la satisfacción inmediata. Desde entonces el psicoanálisis se sostiene en una dimensión ética que suele sobrepasar su origen médico, ya que cuando se habla de “cura” nos referimos sólo al tratamiento más allá de la desaparición de síntomas. La clínica nos demuestra que el síntoma –entendido desde el psicoanálisis como un conflicto psíquico que implica sufrimiento y satisfacción a la vez– es resistente al cambio. Tal como dice el refrán popular, el ser humano, a diferencia del animal, suele tropezar más de una vez con la misma piedra. Esta repetición –condicionada por experiencias tempranas que inscriben en la psique un guion específico– se manifiesta en la pulsión. La satisfacción pulsional implicada en el síntoma tiende a satisfacerse a cualquier precio, oponiéndose a lo que solemos llamar “sentido común”. En este punto es conveniente recordar la diferencia entre satisfacción y placer.

Freud definió la pulsión como una energía que parte del cuerpo y se inscribe en la psique. Lacan propuso denominar esta satisfacción pulsional como “goce”, distinguiéndola del placer, cuyo principio rige las transacciones con el entorno. El goce –por su propio movimiento de repetición– tiende al sufrimiento al romper la regulación inherente al principio del placer.

La pulsión, siempre activa, es autoerótica. Su modalidad masoquista, que parece pasiva, consiste en inducir activamente al otro a entrar en su circuito. He aquí la piedra de tranca de todo tratamiento y el obstáculo fundamental al cambio psíquico.

El psicoanálisis propone lograr un buen manejo de ese núcleo resistente. Es deseable que el síntoma se transforme, se vuelva menos patológico, menos doloroso, aunque siempre quedará un residuo con el cual el paciente deberá aprender a desenvolverse. A ese núcleo residual del síntoma el psicoanálisis responde de una manera específica: no lo niega, por el contrario lo respeta. Tanto respeto le merece que se cuida de no nutrirlo con explicaciones para evitar que eche raíces profundas. Si existe un límite para descifrar el sentido, la solución consiste en aceptar que no hay explicaciones para todo. Fundamentalmente que las pocas explicaciones que podríamos usar no sirven para todos por igual, ya que cada sujeto ha sido particularizado por la marca indeleble de lo que ha sido para el Otro. La realidad humana no es natural ni inmediata. Es dialéctica y mediatizada. Aceptar el goce impuesto por un saber que se ignora es condición para un proceso psicoanalítico.

Conviene insistir sobre este punto. Para que un sufrimiento constituya un síntoma en el sentido analítico debe promover en el paciente la inquietud del enigma y la pregunta por un saber que está fuera de su alcance. Una vez cumplida esta condición, la regla de la asociación libre se encargará de dejar fluir la palabra y promover la incoherencia. El psicoanálisis no es sólo un trabajo de reflexión o un ejercicio de introspección. Muchas psicoterapias comparten este valioso objetivo. El método psicoanalítico se caracteriza por un encuentro siempre doloroso y sorpresivo con aquello que existe más allá de la palabra y que juega su papel como un “sin sentido” que se impone, insiste y no deja otra opción más que seguirlo. Sólo a través del acto analítico se vislumbra la dimensión resistencial del síntoma y se logra, si bien no extirparlo, al menos delimitarlo. Para lograrlo es preciso contar con un analista comprometido, capaz de una escucha atenta y de una interpretación ajustada.

Al término de un análisis se espera que sepamos ciertas cosas de nosotros mismos, pero sobre todo se espera que sepamos que siempre ignoraremos algo, aceptando que la palabra se vuelve precisa sólo cuando vacila. Nuestro objetivo implica que el paciente consiga un manejo de sus limitaciones. Por tal razón conviene tener en cuenta que si aquel que consulta necesita de explicaciones para todo lo que le pasa, si no aporta la idea de un ordenamiento del mundo fuera de su alcance, si no presenta un decidido deseo de cuestionarse y no puede, o no quiere, asumir la incerteza, es preferible no iniciarlo en un psicoanálisis. Se hace por lo tanto evidente la importancia de una evaluación previa para determinar el alcance de la palabra y/o la necesidad de una medicación paralela. La investigación de los límites propios de todo tratamiento constituye el vehículo idóneo para encontrar nuevas soluciones a viejos problemas resguardando así la esencia del psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

GREEN, André (1990). *La folie privée*. Ediciones Gallimard.

HURNI, Maurice (1996). *La Haine de l'Amour*. Ediciones L'Harmattan.

KAPLAN-SOLMS, Karen (1995). *Estudios clínicos en neuropsicoanálisis*. Ediciones Fondo de Cultura Económica.

ROUZEL, Joseph. *Psychanalyse pour le temps présent*. Ediciones Eres.